

cer una serie de problemas que reclaman un análisis antes de decidir sobre la ruta más adecuada para proseguir el camino. En esta parte analítica, se exponen precisamente los aspectos problemáticos y sus posibles causas. En el «mapa» aparecen desdibujados o se han perdido algunos elementos importantes para la andadura teológica: el contenido de verdad ha perdido protagonismo a causa de la proliferación del «discurso indirecto»; la teología bíblica ha desaparecido debido a una hermenéutica centrada en el pasado; se echa en falta un planteamiento más vital y menos abstracto en las disciplinas temáticas; el discurso teológico se ha hecho más complejo y disperso, dificultando así la unidad del saber teológico; y, como consecuencia, se ha generado un grave problema pedagógico.

Desde el terreno mismo de la situación analizada, el autor, en un esfuerzo de síntesis, propone un modo de «avanzar». Para ello sugiere recuperar la idea clásica del saber como hábito personal, con las características propias de la teología. En su dimensión externa, el saber teológico se ve como «un saber compartido» a través de la enseñanza y la evangelización; en su dimensión interna, la teología es «cristocéntrica». En su desarrollo implica memoria y erudición histórica, y escuchar a los maestros, sin que el pensamiento de un maestro deba convertirse en un sistema formal. Los requisitos metodológicos son: en primer lugar, la fe de la Iglesia, vivida en el ámbito personal-eclesial y hecha testimonio; además, en el discurso teológico propiamente, es necesario recuperar las «tres formas de racionalidad» presentes ya desde los orígenes de la teología, que el autor designa con unos términos inspirados en Hans Urs von Balthasar como momento «ontológico, dramático y místico». Todo ello en un horizonte abierto al progreso sin utopías ni sustituciones, pronto al diálogo ecuménico e interreligioso.

El autor termina con una conclusión sintética sobre la forma de «avanzar en teología» en

el umbral del tercer milenio: «mantener vivos a los maestros, buscar síntesis pedagógicas y orientarse a las necesidades de la evangelización, con sensibilidad ecuménica» (p. 237).

En definitiva, no se trata de un manual ni de un vademecum, sino de un libro orientador que por su planteamiento amplio y positivo puede alentar la andadura teológica de quienes apenas comienzan y también de los que ya han dejado atrás parte del trayecto. El subtítulo «presupuestos y horizontes del trabajo teológico» se confirma, pues, a lo largo de la lectura.

E. Reinhardt

**Alister E. McGRATH**, *Historical Theology. An Introduction to the History of Christian Thought*, Blackwell, Oxford 1998, XIV + 388 pp.

El Prof. Alister McGrath, Director del Wy-cliff Hall de la Universidad de Oxford, y Research Lecturer in Theology, conocido por sus investigaciones sobre la polémica en torno a la justificación (acerca de la cual ha publicado una obra muy importante, de la que damos también noticia en este volumen de AHig), publica ahora un manual de teología histórica para sus alumnos oxonienses.

El A. reconoce, en el Prefacio, que la materia es de suyo muy amplia. Con todo, ha logrado una excelente síntesis, muy didáctica por los recursos tipográficos empleados, los mapas aducidos; práctica también de consulta por los oportunos índices que se incluyen (sumario, índice desarrollado, glosario de terminología, una guía para lecturas de ampliación, índice de fuentes citadas, índice onomástico, etc.). Ha evitado los pies de página, para facilitar la consulta.

La perspectiva de su análisis, desde la óptica anglicana, resulta muy respetuosa para todas las corrientes doctrinales. La obra cons-

ta de un capítulo introductorio (dedicado a la noción de Teología y de Teología histórica), al que sigue una división cronológica, en cuatro partes: período patrístico (100-451), Edad Media y Renacimiento (ca. 500-1500), la Reforma (1500-1750), período moderno y contemporánea (desde 1750). Una periodización clásica, que podrá ser aceptada por todos, cualesquiera que sean sus posiciones historiográficas. Al final de cada parte aparecen unos «Case Studies», en que se detiene en cuestiones puntuales especialmente debatidas en el período considerado. Estos «Case Studies» llevan anejos los textos mentados, para su conocimiento directo por parte de los alumnos.

El libro es una buena síntesis entre una Historia de los teólogos y una Historia de los debates dogmáticos. Entre los movimientos teológicos posteriores a la Ilustración, incluye la teología católica y la ortodoxa («Roman Catholic Theological Movement») y «Eastern Orthodoxy Theological Movement») junto a la «teología negra», el postliberalismo, el feminismo, el pentecostalismo, etc. Latinoamérica merece un epígrafe especial dentro de la cuarta parte del libro, con atención a la Teología de la Liberación. Entre teólogos católicos no liberacionistas, cita la Escuela de Tubinga, Newman, Henri de Lubac, Yves-Marie Congar, Hans Küng, Edward Schillebeeckx, Piet Schoonenberg, Karl Rahner, etc. Reconoce la gran importancia del *Catecismo de la Iglesia Católica*, publicado 1992, al que considera como «un suma lúcida de temas de pensamiento católico romano moderno, actualizado a la luz del Vaticano II».

J.I. Saranyana

**Mark L. MCPHERRAN**, *The Religion of Socrates*, The Pennsylvania State University Press, University Park, Pennsylvania 1997, 354 pp.

El autor, profesor de filosofía en la universidad de Maine, ofrece una minuciosa in-

vestigación del espíritu religioso del genial filósofo. El libro es necesario porque la religión o lo religioso tuvo una influencia en Sócrates que muchos filósofos (quizás por no practicar ninguna) se han esforzado en negarle, como si fuera algo indigno para Sócrates rendirse a los dioses de la mitología griega. Sócrates no cayó de ninguna manera en manos de dioses pero fue un ciudadano y pensador profundamente religioso, y casi mejor, verdaderamente religioso. El libro parece dirigido precisamente a filósofos profesionales cuyas carreras académicas parecerían exigir dejar la religión a la entrada del campus. Como decía aquel gran estudioso de Sócrates, Gregory Vlastos, remover de los textos las claras referencias religiosas sería una intervención quirúrgica que mata al paciente. No se trata de alegorías, o mera retórica. McPheran acepta esos textos en toda su seriedad, y así puede ver en Sócrates un momento importante y una contribución sólida al pensamiento religioso occidental. Fue un hombre de su tiempo, pero fue también «un fino crítico y reformador racional» tanto de la tradición religiosa que heredó, como de las nuevas incursiones teológicas y cúllicas con las que se encontró mientras transitaba por la Atenas del siglo V. Sócrates entendió su misión filosófica como una misión divina, encomendada a él por los dioses, y es la fuerza de ese «mandato» lo que le lleva incansable a hablar con sus ciudadanos como el más grande servicio a ellos y a la ciudad.

Por otra parte, cuando Sócrates aparece como un intelectual, pone constante énfasis en que sólo podemos ser persuadidos de verdad por nuestro propio razonamiento. Si sus interlocutores ofrecen algún argumento «religioso», pronto lo rechaza. Sin embargo, el famoso *elenchos* socrático acaba en fracaso la mayor parte de las veces; y la imposibilidad de llegar a un conocimiento moral seguro, hace exclamar a Sócrates que él no es sabio en nada, «ni grande ni pequeño» (*Apología*, 21b2-5). El contraste entre esta doble actitud escé-